

que habían adquirido renombre; hacían mansión en ciertas provincias; allí dominaban á los habitantes por la comunidad de sentimientos ó por el terror; alcanzaban de ellos noticias seguras, víveres, asilos; estorbábanles someterse; castigaban terriblemente al que pasaba por amigo de los franceses; si eran perseguidos ó tenían alguna operación que combinar, se trasladaban de una provincia á otra, y así atormentaban á sus vencedores, no les consentían el menor reposo y los reducían á tanta desventura, turbación y desnudez como si figuraran vencidos. Al par que el centro de Aragón era sometido por las armas y la política del general Suchet, todo el contorno de esta hermosa provincia se había cubierto en pocos meses de partidas osadas y á veces numerosas. Un oficial procedente de Lérida, llamado Renovales, se estableció en el valle de Jaca, al Sur de los Pirineos, en un convento casi inaccesible y veneradísimo en la comarca, el de San Juan de la Peña. En el seno de Navarra un joven estudiante, cuyo nombre debía ser en breve famoso por sus hechos y los de su tío, Mina, de diez y ocho años entonces, se puso á la cabeza de algunos centenares de hombres é interceptaba completamente gran punto de comunicación con el ejército de Aragón que era el camino desde Pamplona á Zaragoza. Al Mediodía de la provincia, un antiguo oficial, Villacampa, reuniendo en su rededor los restos de los regimientos de Soria y de la Princesa, con cierto número de paisanos fanáticos, dominaba las cercanías de Calatayud, dándose la mano con el coronel don Ramón Gayán, que estaba apostado sobre la sierra de Montalbán en la célebre ermita de Nuestra Señora del Águila al frente de unos tres mil hombres. Ambos se hallaban en relaciones con un guerrillero no menos famoso, el Empecinado, que obstruía el camino desde Zaragoza á Madrid por Calatayud, Sigüenza y Guadalajara. Por último, apoyándose en Tortosa, hacia el bajo Ebro, García Navarro, á la cabeza de dos mil quinientos insurgentes, remataba en cierto modo la línea de acometida trazada alrededor de la provincia de Aragón que, muy apaciguada en el centro, se hallaba conmovida en toda la circunferencia.

Después de haber dispersado Suchet al ejército regular de Blake y restablecido el orden en la provincia, púsose á hacer guerra á las bandas. Al general Harispe fió el cuidado de perseguir á Mina: tras de una persecución encarnizada acabó por prender al joven guerrillero, y sin fusilarle, á tenor de la orden que desde París se le despachara, le envió á Francia, donde debía ser encerrado en Vincennes como prisionero. Mas no bien Mina fué cogido, cuando celoso de su gloria un tío suyo, juntó los restos de su guerrilla y se empezó á mostrar en Navarra. Una expedición dirigió Suchet sobre Jaca é hizo que arrebatara á Renovales el monasterio de San Juan de la Peña.

De esta suerte, sin limpiar del todo los Pirineos, se había conseguido desembarazar la carretera de Navarra. Hacia el Mediodía de la provincia el coronel Henrión había batido y dispersado por algún tiempo la guerrilla del intrépido é infatigable Villacampa, quitándole á Orihuela: otro destacamento francés había sorprendido la hermita de Nuestra Señora del Águila y dispersado á don Ramón Gayán y su gente: expeditos estaban los caminos de Valencia y Madrid de resultas de estos felices

golpes de mano, y se podía esperar que, tomadas las plazas de Lérida y Mequinenza y después las de Tortosa y Tarragona, quedase pacificada la provincia de Aragón y quizás la de Cataluña.

Tanto á la habilidad administrativa como á la habilidad militar de Suchet se debía este progreso, que se estaba muy lejos de conseguir en Vizcaya, en el antiguo reino de León y en las dos Castillas. Thouvenot en Vizcaya, Bonnet en Asturias, Kéllermann en Castilla la Vieja, se afanaban en vano por correr tras de las guerrillas, y ya no sabían qué hacerse. Verdad es que el país se prestaba sobre manera á las correrías vagabundas de aquellas partidas, y que otras circunstancias locales redundaban por igual en ventaja suya. Así, fuera de la naturaleza del terreno, muy escabroso en Vizcaya, en Asturias, en los alrededores de Burgos y Soria, sólo en los padecimientos del país había causas continuas de sublevaciones. Desde Bayona á Burgos, desde Burgos á Segovia ó desde Burgos á Somosierra, según que se tomara el camino de la derecha ó de la izquierda para ir á Madrid, arruinaba al país el incesante paso de tropas, y esto bastara para impulsarle á la rebeldía hasta contra un gobierno á quien hubiese amado. Además de tener que satisfacer la codicia de las guerrillas, necesitaba aprontar las contribuciones exigidas en víveres ó dinero por las tropas francesas en marcha. Generales no dotados de la cordura de Suchet y sin pensar más que en alimentar de prisa á las tropas de paso, juntaban donde podían granos, ganados, forraje; á menudo arrancaban de los campos las mieses ó las daban á comer á sus caballos como hierba, sin cuidarse de mañana ni del reparto igual de las cargas, y tomando lo que habían menester en cualquier punto á la ventura y hasta arrebatándolo á la miseria de poblaciones ya arruinadas. Y para colmo de males, el jefe, en vez de ser un militar humano, era un oficial empedernido por veinte años de guerra, agriado por los padecimientos, irritado por los crímenes cometidos contra nuestros soldados, fusilaba á infelices que no habían hecho daño alguno, que á lo más habían procurado defender el pan de sus hijos, y los fusilaba en represalias de los asesinatos consumados por las guerrillas. Éstas iban luego detrás de nuestros destacamentos y colgaban de los árboles á los soldados franceses que encontraban por los caminos, y junto á ellos y más de una vez á pobres españoles acusados de haber prestado ayuda á los enemigos comunes; y frecuentemente sobre las víctimas se hallaron carteles, donde se explicaban con atroces razones muy atroces asesinatos. Así en estas desventuradas provincias, maltratadas por los españoles no menos que por los franceses, reinaba una desesperación sombría, y como en último análisis se atribuían á nuestra presencia todos los infortunios, sobre nosotros solos se cargaban tanto los excesos de nuestros soldados como los crímenes de los españoles.

Numerosísimas eran las partidas en estas comarcas. El Pastor en Guipúzcoa, Campillo en Santander, Porlier en Asturias, Longa entre Aragón y Castilla, Merino en torno de Burgos, el Capuchino y el cura Tapia en las llanuras de Castilla, don Bartolomé Amor en Rioja, Durán en las montañas de Soria, don Camilo Gómez en los alrededores de Ávila, en los de Salamanca don Julián Sánchez, bizarro militar, á quien había arrancado

de los campos y henchido de furor la muerte dada á su padre, á su madre y á una hermana, y otra infinidad cuya enumeración fuera prolija, corrían las montañas á pie, las llanuras á caballo; ya se juntaban para grandes expediciones, ya se separaban para eludir la persecución de nuestras tropas, y aun á veces, como hizo Porlier en Asturias, si se veían estrechados de cerca, se embarcaban á bordo de buques ingleses para tomar tierra en otras playas. Sus crímenes eran espantosos y sus destrozos sin medida. Fuera de los heridos y de los enfermos, á quienes degollaban implacables; fuera de los desechos que nos cogían y que revelaban nuestros planes á los ingleses; fuera de la obscuridad que mantenían en rededor nuestro y del atraso á menudo fatal que ocasionaban en la transmisión de las órdenes de unos á otros lugares; fuera de las sumas que hacían propias, de la continua inquietud en que obligaban á vivir, tanto á los agentes franceses como á los agentes españoles, que habían tomado partido por nosotros, estorbaban toda clase de avituallamiento, capturando los caballos, las mulas, los conductores, y hasta imposibilitaban el reclutamiento de nuestros ejércitos obligando á los batallones ó escuadrones en marcha á detenerse en el Norte ó á agotar sus fuerzas en correrías infructuosas antes de incorporarse á los regimientos de los cuales iban á completar las filas.

Según su costumbre, enviaba Napoleón en batallones ó escuadrones provisionales de marcha los soldados que debían ingresar en los diferentes cuerpos. Reclutas eran á quienes apuntaba apenas el bozo, guiados por oficiales de desecho, sin capacidad para mirar con esmero por su gente y sobre todo para mandarla en el peligro, y sin que tampoco dedicaran á su conservación un interés grande. No bien estos destacamentos llegaban á Pamplona, Tolosa, Vitoria, Burgos, Valladolid, se echaba mano de ellos para las necesidades locales. A estos reclutas, no hechos á la fatiga, se les obligaba á correr detrás de guerrillas infatigables, y siendo noveles en los combates é inferiores individualmente á los *bandidos*, cuya persecución tenían á cargo, se les condenaba de este modo á hacer un aprendizaje mortal en tan cruda guerra. A los quince días los más de ellos iban á pudrirse á los hospitales, que no eran sino conventos ó templos espaciosos, desprovistos de ropa blanca, de medicinas y hasta de camas, infestados de sarnas asquerosas, de devorantes calenturas y presentado en suma el espectáculo más repugnante. Así, de tantos hombres enviados á los ejércitos de operaciones, una cuarta parte de ellos se les incorporaba á lo sumo. No era menor que la destrucción de los hombres la de los caballos, y tanto que tropas de trescientos jinetes viéronse reducidas en pocos días á ochenta ó cien hombres montados. Tan luego como se llegaba á estas primeras estaciones del ejército de España se respiraba una atmósfera pestilenciada y sentíase profundísimo desaliento. Soldados y oficiales se consideraban como sacrificados de antemano á una muerte inútil y sin gloria; y este sentimiento de repulsión y desesperación subía de punto con la certidumbre ó casi certidumbre de que jamás verían allí á Napoleón á su frente.

Con el fin de destruir las guerrillas que originaban tantos daños, cada uno de los generales que mandaban las diferentes estaciones se abandonaba á lo que su

imaginación le sugería para proponer medios ridículos ú odiosos, tales como dar por el pie á los árboles á cierta distancia de los caminos, desjarretar las mulas y los caballos del país (1) con el designio de privar á los guerrilleros de estos recursos, quemar ó diezmar los lugares que tenían mozos en las guerrillas. Kéllermann, el más sensato de ellos, no sabiendo ya qué hacerse, dirigía desde Valladolid al mayor general Berthier estas reflexiones:

«La fuerza de que dispongo es insuficiente á todas luces, pues además de los cuerpos enemigos á los cuales es preciso hacer cara, hay que guardarse de los numerosos enjambres de *bandidos* y de las fuertes partidas organizadas que infestan el país, y que por su movilidad y sobre todo por lo que les favorecen los habitantes, eluden todas las persecuciones, y tornan á asomar á vuestra espalda al cuarto de hora de vuestro paso. Este es el sistema de ardidés que al parecer han adoptado los *insurgentes*.

»Permitid, príncipe, que os declare mi opinión con toda franqueza. No es asunto ordinario la guerra de España: sin duda que no hay que temer reveses ó descalabros desastrosos, pero esta nación tenaz mina el ejército con su resistencia en detalle. Vanamente se derriban por un lado las cabezas de la hidra, pues renacen por otro, y si no se opera una revolución en los espíritus no conseguiréis sujetar esta vasta península en largo tiempo y absorberá la población y los tesoros de la Francia. A ganar tiempo aspira y á cansarnos con su constancia: sólo por laxitud y por el aniquilamiento de la mitad de la población llegaríamos á dominarla. Tal es el espíritu que á esta nación anima, que ni aun es posible crearse aquí algunos parciales. En vano se usa con ella de templanza, de justicia, porque esto apenas os vale alguna consideración, algunos epítetos menos duros, y en un momento apurado un gobernador ó un jefe cualquiera no hallaría diez hombres que osaran armarse en defensa suya.

»Necesítase, pues, de gente; quizás el emperador se enoja de enviarla, pero se necesita para acabar del todo ó contentarse con hacer pie en media España para lanzarse después á la conquista de la otra media. Entretanto se disminuyen los recursos, se destruyen los medios de la agricultura, se agota ó desaparece el dinero; por más que uno se rompe la cabeza no se sabe de dónde sacar para el sueldo, para la manutención de los soldados, para las urgencias de los hospitales y finalmente para los inmensos detalles de cuanto ha menester un ejército que carece de todo. La miseria y las privaciones aumentan las enfermedades y debilitan el ejército de continuo, al par que por otra parte las guerrillas cruzan en todas direcciones y se apoderan cotidianamente de pequeñas partidas ó de soldados aislados que se aventuran al campo con extremada imprudencia, á pesar de las prohibiciones más terminantes y reiteradas.

»Cuando me engolfé en tales reflexiones me pierdo en ellas, y me confirмо en que se necesitan la cabeza y el brazo de Hércules. Sólo él, con la fuerza y la maestría, puede terminar este asunto, si este asunto puede

(1) Aquí hablo á tenor de la correspondencia auténtica de los generales y del ministro de la Guerra, y nada añadido á los tristes colores del cuadro. (N. del A.)

ser terminado.» (*Carta del general Kellermann al príncipe de Neufchatel, que existe en el archivo de la Guerra.*)

Todo lo cual significaba que, además de fuerzas inmensas, se necesitaba la misma presencia de Napoleón para acabar esta guerra odiosa. Aun cuando el cuadro bosquejado por el general Kellermann nada tuviese de exagerado, y bien que el odio de la nación española hacia nosotros fuese tan ardiente como lo describía, no eran realmente las dificultades graves por igual en todas las provincias. Con tiempo, con perseverancia, destruyendo primero los ejércitos regulares, dedicándose sobre todo á expulsar á los ingleses, aplicándose, tras de quitar así á los españoles toda esperanza de formar resistencia, á administrar bien el país, resignándose á gastos de monta para aliviarle del peso de la guerra, lo cual suponía un enorme empleo de hombres y de dinero, cabía en lo posible salir adelante con la empresa. Sobreviniendo en seguida la paz general, podía quedar por segunda vez consumada la obra de Luis XIV en circunstancias tan difíciles cuando menos como las que halló Felipe V; mas la primera condición estribaba en aplicar todos los recursos de Francia y todo el genio de Napoleón exclusivamente á esta obra.

Según acabamos de manifestar, la sumisión de las provincias del Norte era la que, tanto por la naturaleza del terreno como por la exasperación de sus pobladores ofrecía mayores dificultades. Además de las partidas había que vencer allí al ejército regular del duque del Parque, llamado ejército de la izquierda, y que estuvo á las órdenes del marqués de la Romana. Este ejército se componía de tropas allegadas de Asturias, de Galicia, de León, que el mariscal Soult había descuidado para meterse en Portugal, que el mariscal Ney había rechazado, mas no destruido, y á las cuales fué forzoso abandonar Castilla la Vieja para dirigirse hacia el Tajo, cuando se le previno que fuera á unirse á espaldas del ejército británico á los dos mariscales. Tras de la jornada de Talavera encaminóse el mariscal Ney á París á fin de explicar á Napoleón todos los motivos de las disputas que le habían indisputado con el mariscal Soult gravemente. Su cuerpo, que era el sexto, reducido á nueve mil combatientes por las fatigas y las enfermedades de otoño, se encontraba á fines de octubre de 1809 delante del duque del Parque y de sus treinta mil soldados. Por consecuencia de los reiterados avisos de la Junta sobre que se iba á volver á tomar la ofensiva y aun á marchar contra Madrid con el ejército del centro reorganizado, adelantóse el duque del Parque á Tamames, camino de Ciudad Rodrigo á Salamanca, para ver de contribuir de algún modo á las miras ambiciosas del gobierno de Sevilla. Aprovechándose del ejemplo de los ingleses, situóse con prudencia y alguna habilidad sobre una cadena de lomas de no fácil acceso, y desde cuyas cumbres una infantería que tirase bien podía atajar el paso á las más bizarras tropas, si no eran guiadas con precaución suma. Inflamado el general Marchand del espíritu de osadía de su jefe, acostumbrado á no contar los españoles, avanzó el 18 de octubre á Tamames, y no vaciló en atacar la posición del enemigo, asaltándole en tres columnas y á paso de carga. Delante de las alturas ocupadas por los españoles había algunos cañones cubiertos por la infantería: de ellos se apoderaron nuestros jinetes en un abrir y

cerrar de ojos, y después de acuchillar á los artilleros, mientras que uno de los batallones de nuestra infantería marchaba adelante, recibía á la caballería española con las puntas de las bayonetas y la dispersaba á fusilazos. Pero necesitábase forzar la posición misma, ya logrado este fácil triunfo. A nuestra izquierda dos regimientos, el 6.º de ligeros y el 69 de línea, al querer trepar á las alturas bajo el fuego de quince mil hombres á quienes su situación tranquilizaba, experimentaron al instante pérdidas enormes, y fueron conducidos á retaguardia por el general Marchand, temeroso de que le costara demasiada gente un ataque tan temerario. Toda la línea siguió este movimiento retrógrado, y por vez primera el intrépido sexto cuerpo se detuvo delante de los españoles. Tanto era el fuego, que no pudimos conservar la artillería ganada al enemigo, por haber sido muertos los caballos todos que tiraban de ella.

Insignificante como era este descalabro, bastaba para exaltar á los españoles y alentarles en su proyecto de campaña ofensiva. Y á la verdad ninguna dicha mayor podíamos apetecer que verlos venir sobre nosotros en grandes masas, pues minados por los combates en detalle día tras día, sólo en batallas campales ganábamos triunfos. El gobierno central residente en Sevilla, ya muy dispuesto, sin embargo de los consejos de sir Arturo Wellesley, á hacer que una vez más avanzara el ejército del centro, después de la batalla de Tamames, no vaciló en ordenar la marcha sobre Madrid, ardentemente deseada por muchos personajes que desde la salida de la capital se hallaban confinados en Andalucía. Como la Junta central creyese al general Eguía demasiado tímido para la empresa, reemplazóle con don Juan Areizaga, joven oficial que se había distinguido en la batalla de Alcañiz contra las tropas del general Suchet. Atribuyendo este nuevo jefe, dotado de alguna actividad y alguna energía, solamente á los oficiales los reverses de los ejércitos españoles, reformó algunos de ellos y les substituyó individuos jóvenes y más acostumbrados á los grandes peligros de la actual guerra. Su espíritu reformador alcanzó aplausos, y á pesar de las manifestaciones despreciativas de sir Arturo Wellesley se alimentaron halagüeñas esperanzas de volver á entrar en Madrid muy pronto. Díjose que pues los ingleses no quedarían maniobrar en ningún sentido, se pasarían bien sin ellos, y á tal extremo llegó la confianza, que en el seno del gobierno central se discutieron las providencias que convendría adoptar luego que en Madrid se hiciera asiento.

Reuniendo don Juan Areizaga en Sierra Morena las tropas de Extremadura, antes acaudilladas por don Gregorio de la Cuesta, las de la Mancha mandadas por Venegas, y además un destacamento de valencianos, atravesó la Mancha durante noviembre y avanzó sobre el Tajo por más arriba de Aranjuez y sobre Tarancón. A sus órdenes contaba más de cincuenta mil infantes, algo mejor acostumbrados á mantenerse en línea que los otros soldados de España, ochenta bocas de fuego bien servidas y de siete á ocho mil buenos jinetes. Ocioso es decir que este ejército llamado del centro iba animado de la confianza común entre los españoles. En Madrid se supo con alborozo la aproximación de éstos, preparándose á hacerles muy buena acogida.

El mariscal Soult, mayor general del ejército de España desde la partida del mariscal Jourdan, y encargado por consiguiente de regular las operaciones de los diversos cuerpos, anduvo no poco vacilante al pronto en punto á las intenciones que el general español llevaba y que era harto difícil discernir sin duda ninguna. Podía venir el enemigo por el camino de Extremadura desembocando de Trujillo sobre Almaraz y el Puente del Arzobispo, por el camino de la Mancha desembocando en Madridejos sobre Ocaña y Aranjuez, y finalmente por el camino de Valencia desembocando de Tarancón sobre Fuentidueña y Villarejo. Teniendo el mariscal gran parte de sus tropas detrás del alto Tajo, hacia Aranjuez, hallábase en proporción de hacer cara al enemigo en todas direcciones y no tenía que atropellarse para abrazar cualquier partido. Sus tropas se encontraban situadas de este modo. El sexto cuerpo á las órdenes del general Marchand había vuelto á Castilla la Vieja, donde, según se ha visto, vino á las manos con el duque del Parque en la batalla de Tamames. El segundo, que había mandado personalmente el mariscal Soult y que á la sazón estaba á las órdenes del general Heudelet, se encontraba en Oropesa detrás de los puentes de Almaraz y del Arzobispo, observando el camino de Extremadura. El quinto, bajo el mariscal Mortier, estaba en Talavera dispuesto á apoyar al segundo. El cuarto, mandado antes por el mariscal LeFebvre y ahora por el general Sebastiani, se hallaba repartido entre Toledo y Ocaña. El primero, siempre á las órdenes del mariscal Víctor, estaba delante de Aranjuez más allá del Tajo, guardando las llanuras de la Mancha hasta Madridejos. La división Dessoles y la guardia real de José ocupaban á Madrid. Con los cuerpos segundo, quinto, cuarto y primero podía juntar el mariscal Soult lo menos sesenta mil hombres de tropas excelentes, doble número del que era menester para dispersar á todos los ejércitos regulares de España. En la imposibilidad de adivinar los planes de un enemigo, que no los tenía, adoptó el mariscal Soult las disposiciones convenientes para ocurrir á todas las eventualidades. De Oropesa trasladó á Talavera el segundo cuerpo del general Heudelet y concentró el cuarto del general Sebastiani entre Aranjuez y Ocaña. El primero, que estaba más allá de Aranjuez, en medio de la Mancha, fué replegado sobre el Tajo. En esta situación se podían reunir en dos marchas tres de los cuatro cuerpos para operar en un mismo punto, y por consiguiente se habían previsto todos los casos.

Hacia el 15 de noviembre, habiendo dejado el enemigo completamente el camino de Sevilla por el de Valencia y aparentado dirigirse contra nuestra izquierda, el mariscal Soult llevó el primer cuerpo hacia Santa Cruz de Zarza é hizo que el general Sebastiani se moviera en el propio sentido. Entretanto don Juan Areizaga, después de algunas vacilaciones, temió que se le cortara el camino de Sevilla y se le empujara hacia el de Valencia, lo cual hubiera dejado la Andalucía al descubierto, y así cambió de dirección y marchando por su izquierda encaminóse sobre nuestra derecha ha-

cia Ocaña y frente por frente de Aranjuez. Siguiendo el mariscal Soult atentamente los movimientos del enemigo, trajo el cuarto cuerpo del general Sebastiani de izquierda á derecha y le mandó pasar el Tajo cerca de Aranjuez por el puente de la Reina. De Toledo llamó á Aranjuez al mariscal Mortier con el quinto cuerpo. Con designio de asegurar la unidad de mando puso los cuerpos cuarto y quinto bajo la autoridad superior del mariscal Mortier y les previno que en el día desembocaran sobre Ocaña. Al mariscal Víctor le prescribió que con el primer cuerpo cruzara el Tajo entre Villarejo y Fuentidueña, sobre la izquierda de los cuerpos de Sebastiani y Mortier, movimiento algo desconocido, y que podía inutilizar la operación del general Víctor, pero que no ofrecía peligro alguno ante un enemigo á quien no tenía por qué temer uno de nuestros cuerpos de ejército, aun hallándose solo. Personalmente partió el mariscal Soult de Madrid con el rey José, la guardia española de este príncipe y el resto de la división de Dessoles.

Durante la tarde del 18 el general Sebastiani se aproximó al Tajo con los dragones de Milhaud, de los cuales solos tres regimientos, el 5.º, 16, y el 20, se hallaban á la sazón á la mano, habiendo ido los otros dos de reconocimiento. Por el puente de la Reina pasó el río con su caballería, dejando detrás su infantería que estaba aún en marcha. Cuando se abandonan las márgenes del Tajo para seguir el camino de la Mancha, se sube por pendientes bastante rápidas la falda de una vasta meseta, que desde Ocaña se extiende casi hasta Sierra Morena, y compone lo que se denomina llanura de la Mancha. Llegado Sebastiani al borde extremo de esta llanura, divisó la caballería española que cubría el grueso del ejército de Areizaga en marcha desde Santa Cruz de la Zarza á Ocaña. Aquella tropa presentaba una masa de cerca de cuatro mil jinetes, bien montados y de muy buen aspecto. No teniendo Sebastiani más que de ochocientos á novecientos dragones, encontrábase en embarazosa desproporción de fuerzas. Por fortuna el mariscal Mortier, llegado á Aranjuez al instante, dióse prisa á correr en su ayuda y á enviarle el 10 de cazadores con los lanceros polacos, de cuyas resultas Sebastiani tuvo á sus órdenes alrededor de mil quinientos caballos.

Inmediatamente asomó sobre la meseta el general París, que mandaba el 10 de cazadores y los lanceros polacos, y operó por nuestra izquierda un movimiento ofensivo sobre la caballería española á fin de cogerla de flanco. Hasta entonces esta caballería había manifestado firmeza; mas viéndose amenazada por la derecha, quiso replegar parte de su línea hacia atrás para hacer frente al ataque de flanco. Aprovechando la coyuntura el general Milhaud cargó de frente con sus dragones, mientras el general París cargaba de flanco con el 10 de cazadores y los polacos, y aquella masa, tan imponente al principio, fué instantáneamente desbaratada: los lanceros polacos destruyeron un regimiento casi del todo, y cayeron muertos, heridos ó prisioneros de cuatrocientos á quinientos jinetes, quedándonos cerca de quinientos hermosos caballos para remontar nuestra caballería. Por desgracia el general París recibió una herida mortal cargando personalmente con la mayor bravura. Este brillante hecho de armas era de

feliz agüero para la jornada del día siguiente, de la cual se veían ya los preliminares. Con efecto, detrás de la cortina ya desgarrada de la caballería española, distinguíase el grueso del ejército de Areizaga, que iba desde Santa Cruz á Ocaña para presentar allí batalla.

Al otro día, 9 de noviembre, el mariscal Mortier, general en jefe de los cuerpos cuarto y quinto reunidos entonces, hizo sus preparativos para la jornada: del propio modo que la víspera estuvo la caballería á las órdenes del general Sebastiani; á las órdenes del general Leval los polacos y los alemanes del cuarto cuerpo; á las del general Girard la primera división del quinto, única en línea, pues la segunda se hallaba todavía en Toledo; á las del general Dessoles, además de la parte de su división allí presente, los regimientos franceses del cuarto cuerpo. Detrás se encontraba la guardia real de reserva. Todas las tropas no subían á más de veintitrés ó veinticuatro mil combatientes, número muy bastante para desbaratar los cincuenta ó cincuenta y cinco mil hombres del general Areizaga.

La pequeña villa de Ocaña, alrededor de la cual se había concentrado el ejército español, hállase al borde de la meseta elevada, extensa y casi unida de la Mancha. En torno de la villa hay una quebrada que se derriba hacia el Tajo y presenta allí una defensa natural con que se habían cubierto los españoles. Esta quebrada empezaba por nuestra izquierda formando un declive casi insensible, luego corría delante de nuestro centro, y por nuestra derecha iba á morir al Tajo, formando una cavidad más abierta y profunda. Más allá de obstáculo semejante había, pues, que ir á buscar y á vencer á los españoles. Con mucho seso discurrió el mariscal Mortier que convenía atacarlos por nuestra izquierda y su derecha, allí por donde era fácil transponer la quebrada apenas naciente. Al general Leval que, como se ha enunciado, llevaba consigo los polacos y los alemanes, fió la cabeza del ataque, é hizo que los excelentes regimientos del general Girard le dieran apoyo. En el centro puso al general Dessoles con encargo de hacer sus disparos por encima de la quebrada y de ocupar así á los españoles hacia su frente. Toda la caballería debió seguir el movimiento de la izquierda para cruzar la quebrada en su origen y caer sobre el ejército español cuando nuestra infantería la hubiera roto. Según todas las apariencias, la batalla iba á reproducir el encuentro del día antes y se puede decir que bajo la inspiración del terreno, pues dictaba igual maniobra. Llegando el mariscal Soult con el rey José en el instante en que se dictaban estos movimientos, no tuvo más que confirmar las órdenes por el mariscal Mortier dadas.

A las once de la mañana, acercándose el general Leval briosamente á la derecha del ejército enemigo, cruzó la quebrada en su nacimiento, y se presentó en columna cerrada por batallones. Adivinando el general Areizaga la intención de los franceses, trajo hacia su derecha toda la artillería con sus mejores tropas. Esta artillería, bien servida, cubrió de proyectiles á los polacos y á los alemanes, que no perdieron el orden de formación á pesar de todo. Sin embargo, la infantería española, ya aproximada al pliegue de terreno que habíamos de pasar nosotros, hizo fuego muy nutrido de fusilería que produjo alguna fluctuación en las filas de

nuestros aliados. Gravemente herido cayó el general Leval, dos de sus ayudantes de campo quedaron muertos y desmontados muchos de sus cañones. Entonces el mariscal Mortier mandó al general Girard que entrara en acción inmediatamente, pasando por los huecos de nuestra primera línea, y formando al punto á los regimientos de infantería 33, 40 y 644 en columna, mientras oponía el 88 á la caballería española, que amenazaba su flanco izquierdo, cruzó la quebrada, pasó por entre los huecos de los polacos y alemanes, operó este paso de líneas con notable aplomo, bajo el fuego de la artillería contraria, y cargó resueltamente á los españoles. Ante este ataque, ejecutado con tanta precisión como bizarría, los españoles comenzaron á ceder el terreno, cuando hacia Ocaña. Apoyados los regimientos del quinto cuerpo por los del cuarto, que se les unieron por la espalda, prosiguieron su ataque, y vióse á poco iniciarse algún desorden en la masa del ejército enemigo. A este tiempo el general Dessoles, que se había contentado hasta entonces con cañonear á los españoles por encima de la quebrada, cuya profundidad por aquella parte ofrecía un obstáculo embarazoso, no vaciló en cruzarla, al ver que los españoles parecían desordenados. Bajóla, subióla y desembocó súbito sobre Ocaña, de la cual se hizo dueño. Nuestra caballería, situada en el ala opuesta, cayó á la sazón al galope sobre la caballería española, que cubría los bagajes hacia el camino de Santa Cruz á Ocaña, la deshizo, y precipitóse seguidamente en medio de las masas rotas y fugitivas de la infantería. En breve no hubo ya más que una confusión horrible: habiendo procurado los españoles esta vez mantenerse firmes, pudieron ser alcanzados, envueltos y cogidos: en pocos momentos cayeron cuatro ó cinco mil bajo el sable ó la bayoneta de nuestros soldados y quedaron en nuestro poder cuarenta y seis bocas de fuego, treinta y dos banderas, quince mil prisioneros, cogiéndose además muchos bagajes y por lo menos de dos mil quinientos á tres mil caballos de silla y de tiro.

Tres horas bastaron para dar cima á esta acción dirigida con tanta prudencia como bizarría. El ejército español se podía considerar destruído, como que de cincuenta mil hombres perdió veinte mil por lo menos, y aún no se había llegado al término de las resultas de esta jornada. Con efecto, al otro día los restos del ejército español fueron perseguidos de muerte: los paisanos de la Mancha, menos animados contra nosotros que los de otros puntos, y que distaban mucho de apeteer que hiciera asiento la guerra en su territorio, revelaban á nuestra caballería las direcciones por donde iban los fugitivos. Aun se juntaron de cinco á seis mil prisioneros, lo cual hizo subir á veinticinco ó veintiséis mil el número de soldados perdidos por don Juan de Areizaga. Por algunos días no hubo más que dispersos, y no más llegaron á Sierra Morena que bandas desorganizadas casi sin artillería ni caballería. Además del efecto moral que debía ser grande, el ejército francés había adquirido considerable cantidad de bagajes y muchos miles de excelentes caballos, de que tenía una necesidad extremada. Por Madrid se hicieron desfilir cerca de veinte mil prisioneros, que inmediatamente fueron dirigidos á Francia. Sólo faltó á este triunfo ser alcanzado contra ingleses.

Naturalmente, la agitación fué vivísima en Sevilla, y produjo contra la Junta central un nuevo desencadenamiento de pasiones. Más osadamente que nunca se reprodujo entonces el proyecto de sustituirla una regencia; pero el marqués de la Romana, empeñado antes en destronar á aquella Junta, ahora que había recibido de ella la principal parte del poder ejecutivo, apresuróse á reprimir á sus más inquietos contrarios, y mandó prender á don Francisco Palafox y al conde de Montijo. Por desgracia las malas nuevas sucedíanse de la manera más alarmante, se sabía en aquel momento que se había rendido Gerona; que el general Kéllermann, unido al general Marchand, había vengado el descalabro de Tamames y rechazado al duque del Parque en la batalla de Alba de Tormes; que se había firmado la paz entre Francia y Austria; que Napoleón había vuelto á París victorioso, y que dirigía sobre la península numerosas tropas á marchas forzadas; que, finalmente, los ingleses, censurando más que nunca la imprudencia de la última campaña, se metían en Portugal, para buscar allí la seguridad en la distancia. A tan repetidos golpes, no viendo la Junta más asilo que en el fondo mismo de la península, detrás de las lagunas que cubren á Cádiz, resolvió que se reuniría en la isla de León á principios de 1810, á fin de preparar allí la convocatoria y la reunión de las cortes para el día 1.º de marzo.

Así, á pesar de las numerosas dificultades inherentes á la guerra de España, á pesar de todos los tropiezos de este año de 1809, durante el cual se había hecho tan triste uso de las admirables tropas acumuladas en la península, se puede decir que la campaña terminaba ventajosamente y hasta con brillo. Lícito era, pues, esperar, si realmente se sabía sacar partido en 1810 de las fuerzas preparadas por Napoleón, si, sobre todo, él mismo dedicaba aplicación bastante á los asuntos de España, sin desviarse de su objeto por otras empresas; lícito era esperar, repetimos, un término feliz y quizá cercano á tan larga como cruel guerra.

Pero como sucede á menudo y casi siempre, el apuro, el pesar, no reinaban sólo entre los vencidos; también había sobra de miseria, de enojo, de angustia en Madrid, en la corte del rey actualmente triunfante. José no tenía en España menos desvelos y motivos de disputas con su poderoso hermano que Luis en Holanda, y si no se sentía tan agitado, era por su menor energía de sentimiento y por su mayor seso y cordura. Ya se ha visto que no carecía de aspiraciones militares; que además se creía hábil para cautivar los corazones, prudente y sensato en el arte de gobernar; que estaba persuadido de que si le dejara obrar á sus anchas, llegaría más fácilmente á vencer á los españoles con halagos que su hermano con la pólvora; que por una propensión común á todos los reyes, ascendidos á tales por la gracia de Napoleón, había abrazado la causa de sus nuevos súbditos, sobre todo contra los ejércitos franceses encargados de sujetarlos á su centro; que se quejaba de continuo de los malos tratamientos de los franceses contra los españoles, y que Napoleón, después de haberse mofado de su genio militar, y de su arte de seducir á los pueblos, considerando menos de broma esta parte de su política, se encolerizaba vivamente cuando veía que á los ojos de José eran más caros los españoles que los soldados franceses, que derramaban su san-

gre para afirmarle en el trono de España. Se entregaba á singulares arrebatos, que, transmitidos á Madrid sin contemplaciones, producían entre ambas cortes una irritación de las más importunas y sobre todo de las menos decentes. Con efecto, los ingleses habían recogido de manos de los guerrilleros más de una carta interceptada á correos franceses (1), y no dejaban de ostentar en sus periódicos el triste espectáculo que la familia imperial ofrecía.

Naturalmente el rey José, á semejanza de sus hermanos en Amsterdam, Cassel y Nápoles, quiso crearse en Madrid una corte. Algunos franceses lisonjeros, militares ó administradores mediocres, algunos españoles parciales de la nueva dinastía, aunque sonrojándose á los ojos de sus compatriotas del partido que habían abrazado de buena fe á pesar de todo, componían aquella corte, á la cual José dispensaba toda confianza, revelaba su espíritu de buen grado, distribuía las únicas mercedes de que disponía, y que en cambio admiraba su superior talento, su rara bondad, su arte de tratar con los hombres, le hallaba diferente sin duda de su glorioso hermano, pero no tan inferior como se complacían en divulgarlo en Francia. Estos aduladores de José se esmeraban en repetir que Napoleón estaba rodeado de aduladores, que exageraban su mérito á expensas del de sus hermanos; que, sin contradicción, tenía un genio militar que no podía desconocerse, pero sin ninguna mesura, sin ninguna prudencia; que nada sabía hacer sino por la fuerza y con precipitación desordenada; que quizá llegara tiempo en que se perdiera y perdiera á su familia; que por el contrario, José, más dulce, más político, tan grato á los ojos de Francia y menos odioso á los de Europa, valdría mejor para llevar la obra imperial á dichoso remate. Algunos de estos aduladores de Madrid, tan buenos jueces de los aduladores de París, cometieron durante la campaña de Wagram la imprudencia de calcular las eventualidades que amenazaban la cabeza de Napoleón, y aun encomiando su personal bravura, dijeron que sin duda sería un doloroso accidente la muerte de tan grande hombre y un luto profundo para todo el que amara el genio y la gloria, pero que este infortunio no sería tan de bulto como se imaginaba para el imperio; que la paz vendría á ser tan fácil como era difícil entonces; que se podrían restituir á Europa los países temerariamente incorporados á Francia, satisfacer á Inglaterra, permitir que el papa volviera á Roma, aliviar á las poblaciones agobiadas de fatiga, conseguir abundancia en la hacienda, hacer el ejército francés mejor que era, no conservando más que

(1) En Inglaterra poseen una parte de la correspondencia privada de José, particularmente con la reina su esposa, que se había quedado en París, y le refería menudamente cuanto le interesaba, propendiendo más á calmar que á irritar realmente. En nuestros archivos existe la correspondencia autógrafa de José con Napoleón, la del embajador de Francia Mr. de Laforest, la de un jefe de la policía francesa en España, hombre agudo y templado; por último, la del general Belliard, gobernador de Madrid; y en estos documentos auténticos, frecuentemente contradictorios, pero fáciles de concordar cuando se sabe descubrir la verdad por entre las pasiones contemporáneas, he adquirido los pormenores que aquí reuno, y de cuya exactitud rigurosa respondo. Según mi costumbre, suavizo los colores para ser más verdadero, porque los colores de cada tiempo son siempre exagerados, y no quiero fundar mi relación sino en parte incontestable de los documentos de que hago uso. (N. del A.)